

UNO

Hacia la Tierra de Gracia

De la novela:

Caballo Negro en Tierra de Gracia

José Talleyrand Rodríguez

Copyright © 2017

Y que si este río no procede del Paraíso Terrenal, viene y procede de tierra infinita, del Continente Austral, del cual hasta ahora no se ha tenido noticia; mas yo muy asentado tengo en mi ánimo que allí donde dije, en Tierra de Gracia, se halla el Paraíso Terrenal.

Cristóbal Colon, Carta a los Reyes Católicos

El animal se mueve inquieto. Es la primera vez que lo traen cerca del mar. El olor a sal lo turba. Sus cuatro cascos no dejan de golpear el polvo del suelo. Su dueño lo acaricia en el cuello para calmarlo. Toca con cariño su pelo de color negro azabache. No le gusta la idea de vender al caballo pero necesita el dinero que le pueden dar por él. El animal y el labriego están parados cerca del muelle de un puerto. Miran a los buques anclados en la bahía. Naos, carabelas, carracas. Navíos que van hacia el Nuevo Mundo. Hacia una tierra de maravillas, rica en flora y fauna, alabada por Cristóbal Colon y otros navegantes. Tierra de Gracia, por ese nombre la conocen muchos.

El caballo relincha. A su alrededor se mueve una multitud de personas. Nunca vio cosa semejante en la huerta donde nació y creció. El descubrimiento de América ha dado nueva vida a los puertos del Atlántico en la península ibérica. Es la era del mercantilismo. Se puede ganar buen dinero comerciando con la gente que arma las flotas de exploración o vendiendo los productos y especias que traen los buques que regresan del Nuevo Mundo. Si más allá del océano hay una tierra de maravillas, en este lado está el caos. No solo marinos y comerciantes merodean en los puertos del Reino de España. También lo hacen mendigos, picaros y ladrones. Son una plaga. Hay que cuidarse. Para evitar hurtos, tropas reales custodian una caravana cargada con vituallas destinadas a abastecer los navíos que preparan su salida al mar.

- ¡Abrid paso! Abrid paso a los soldados de su majestad el Rey.

En medio del bullicio un dulce aroma a comida llega al fino olfato del caballo. El animal trata de avanzar hacia la caravana con víveres. Su dueño lo detiene utilizando la soga que hace de collar alrededor de su cuello. El caballo y un grupo de mendigos ven con tristeza como los carromatos llenos de vituallas se alejan. Un mendigo, desesperado por el hambre, se aferra al

costado de uno de los carromatos. Da un alarido de dolor al sentir como una lanza le atraviesa el muslo de su pierna izquierda. Dos soldados lo apartan a golpes del carro con comida.

A menos de cien metros de donde están el caballo y el labriego hay una fila de individuos que intentan embarcar camino a América. Al comienzo de la fila se yergue un estandarte real de contratación. Dos escribanos y tres alguaciles verifican que todos tienen la documentación necesaria para hacer el viaje. Las ordenanzas del Rey Carlos I establecen que solo cristianos viejos y probos, gente de buena voluntad, puede hacer la travesía hacia el Nuevo Mundo. Sin embargo, en la fila hay varios individuos de apariencia extraña. Pelean unos con otros. Algunos están mal de la cabeza. Asombrado el labriego se pregunta de dónde han salido. ¿Cómo han podido llegar hasta ahí? Ninguno de ellos sería aceptado como vecino de su aldea. Terminarían colgados de un árbol. El Conde de Montemayor no quiere gente penderciera en sus tierras.

- Buen día tenga vuesa merced.

Al lado del labriego se ha parado un anciano. Es de baja estatura, delgado, vestido con ropas sencillas. Su cabeza va cubierta por una vieja boina. Lleva una capa de medio uso. Examina al labrador de pies a cabeza. Con una sonrisa le pregunta si tiene pensado embarcarse para el Nuevo Mundo. El labriego responde que no. Solo su caballo va para América. Él se queda. No piensa abandonar su huerta. Le tiene cariño a su mujer y a sus cuatro hijos. En un tono cordial el anciano le indica que eso no tiene sentido. En la Tierra de Gracia puede ganar fama y fortuna.

- Buen hombre, el Dorado y el Reino de la Plata os están esperando.

El anciano ofrece al labriego su ayuda. Puede conseguirle, por un precio razonable, las cartas de pureza de sangre y buena conducta que hacen falta para poder hacer el viaje. Unas cuantas monedillas de oro es el costo. Así de fácil. El labriego se resiste a aceptar la oferta del anciano. Acariciando el lomo del caballo, el anciano le cuenta al labrador la historia de las Amazonas, y las indias gentiles, mujeres que habitan en la Tierra de Gracia.

- Son hembras de reconocida belleza y fogosidad. De buen vivir.

¿Quién puede negarse a entrar en contacto con ellas? El labriego pide más detalles sobre esa Tierra de Gracia. El anciano le describe valles verdes, que parecen sacados del Paraíso, donde se puede cultivar de todo. Vegetales y frutas exóticas crecen por doquier sin mucho trabajo. En su mente el labriego hace una comparación con la huerta donde labora. Su tierra no

es rica. Ese año ha tenido mala suerte con las cosechas. Las ganancias no le dan para mantener a su familia y pagar la contribución o impuesto que pide el dueño del latifundio. Por eso tiene que vender el caballo. El anciano le reitera que por unas cuantas monedillas de oro le puede conseguir las certificaciones necesarias para viajar al Nuevo Mundo. La tentación es grande. Por unos segundos el labriego medita que hacer. Se ve viajando en uno de los buques que van hacia América. Observa como el anciano acaricia el cuello del caballo. Hay algo en la actitud del hombre que inspira cierta desconfianza. El labriego no quiere complicarse la vida. Da un no por respuesta. Frustrado el viejo pícaro decide irse en busca de otro cliente.

Del muelle salen tres hombres. El labriego reconoce al mayoral encargado de comprar las bestias que van a viajar en la flota de exploración. Hablaron la noche anterior en una taberna en las afueras del puerto. Lo acompañan un noble, hombre ya maduro todo vestido de negro con capa y boina de terciopelo fino, y su sirviente. El sirviente sostiene un viejo libro en su mano derecha. Al ver a los recién llegados, el caballo negro se mueve inquieto, presiente que su vida va a cambiar. El mayoral observa con satisfacción su cuerpo. El animal es de buen tamaño y plante. Puede servir como bestia de carga o como elemento en las tropas de caballería. Procede a examinarlo detalladamente. Tras revisar sus dientes y cascos verifica el buen tamaño de sus testículos. Tiene que servir de semental en América. Los caballos son un arma estratégica en el proceso de conquista del Nuevo Mundo. Le dan movilidad a las tropas españolas y los indios nativos huyen al verlos. Son demonios provenientes del más allá. El noble se aproxima al labriego.

- Vuestra bestia, ¿sabe leer?

El caballo tiene que pasar una última prueba antes de ser adquirido para viajar en la flota. El labriego se queja, nadie le dijo que tal prueba existía. De hecho él no sabe leer. Duda que su animal pueda hacerlo. El mayoral le replica que es un requisito básico impuesto por Don Gonzalo, el noble interesado en la compra del caballo. Un gesto de preocupación aparece en la cara del labriego. Nervioso le comenta al mayoral las virtudes del animal: es dócil, trabajador, no come mucho, no pelea con otros animales, lo vende por necesidad no porque sea un mal caballo. Sin decir palabra el noble vestido de negro mira hacia el navío anclado en la bahía donde tiene una plaza de viaje. Hace planes.

Su sirviente abre el viejo libro que porta y le enseña un par de páginas al caballo. El animal observa detenidamente los símbolos y letras que le muestran. Son algo nuevo para él. No voltea su cara ignorando el contenido del libro. Su olfato nota un aroma especial. Un aroma que se ha adherido al libro cuando lo movían de un lado para otro. El caballo se excita. De golpe se libera de las manos del labriego. Echa a correr hacia el muelle. Se detiene al borde del mar y observa la flota de buques. Olfatea el aire con insistencia. Siente que en uno de esos navíos hay una yegua en celo. Relincha. Sus piernas delanteras se levantan apuntando hacia los barcos, hacia América. Satisfecho el sirviente le enseña a su señor lo que le mostró al caballo: es un mapa adornado con signos de la Cábala. Triángulos, rectángulos, pentágonos de oro. Atónito el labriego trata de entender lo que está pasando. El noble le habla, está feliz, ha encontrado lo que lleva años buscando.

- No os preocupéis buen hombre. Este caballo me ha de llevar a la Fuente de la Eterna Juventud.

Los gestos de nerviosismo desaparecen de la cara del labriego. Acaba de sellar la venta de su animal. Por cosas del destino, el caballo negro y sus descendientes van a participar en la colonización del Nuevo Mundo.